

Representaciones sobre el Clima en la Literatura. Colombia en el siglo XIX

A stylized, grey-toned graphic of a tree with a thick trunk and several branches, set against a light grey circular background. The tree is positioned on the right side of the page, partially overlapping the main title area.

José David Cortés Guerrero¹

RESUMEN

En el artículo mostramos las representaciones que se construyeron sobre el clima en Colombia en el siglo XIX. Estas van desde los “climas colombianos” en donde se encuentra la dicotomía clima maligno – clima benigno, pasando por lo que algunos autores llamaron la “eterna primavera” porque el clima de las zonas montañosas era similar al de las regiones de latitudes medias. Tradicionalmente se ha dicho que las representaciones sobre el clima en Colombia indicaban que las zonas elevadas sobre el nivel del mar tenían climas sanos mientras que las zonas bajas poseían climas malignos en donde el hombre blanco civilizado no podía vivir. Sin embargo, mostramos cómo estas representaciones prevalentes sobre el clima fueron cuestionadas por algunos autores que creían que a pesar de las dificultades que el clima podía suponer para los hombres, en algunas regiones, estos eran capaces de adaptarse y vencerlas para promover en ellas la civilización y el progreso. También mostramos cómo la imagen de la “eterna primavera” no fue sólo promovida por los extranjeros, sino también por colombianos. En el artículo empleamos como fuente la literatura, tanto de viajes como costumbrista, que fue producida por colombianos y extranjeros en el siglo XIX.

Palabras clave: historia de Colombia siglo XIX; historia climática; representaciones sobre clima; literatura de viajes; literatura costumbrista.

¹ Doctor en Historia por El Colegio de México. Profesor Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. ORCID: 0000-0002-2581-7442. E-mail: jdcortesg@unal.edu.co

Este artículo tiene como objeto mostrar las representaciones que se construyeron en la literatura, en el siglo XIX, sobre el clima en Colombia. Los escritores emplearon sus textos para exponer sus posiciones y puntos de vista sobre el clima, dándole a aquél connotaciones específicas dependiendo de particularidades y peculiaridades. Las representaciones son conceptos e imágenes que están relacionados y dependen del sistema de creencias del grupo social que las produce. Ellas se caracterizan por ser de tipo generalizante pues pretenden que quepan todos los sujetos y objetos enmarcados en las representaciones. Pretenden ser verdaderas y científicas, aunque, paradójicamente, pueden llegar a ser contradictorias. Las representaciones son generalmente producidas, controladas y difundidas por las elites, quienes se benefician de ellas. Además, están enmarcadas en espacios geográficos y lapsos específicos.

Teniendo en cuenta lo anterior las representaciones sobre el clima se han agrupado en categorías, cada una de las cuales corresponde a una sección del artículo, a saber: lo que un autor llamó, genéricamente, los “climas colombianos”, lo que significaba las diferencias de temperatura y presión atmosférica generadas por lo que se denominan pisos térmicos; la comparación climática, sobre todo con Europa, que conllevó la idea de que había regiones en Colombia con “eterna primavera”; el clima malsano, ubicado en altitudes bajas, con características que impedirían la vida para las personas autoproclamadas blancas y civilizadas, pero que sí eran habitadas por afros; el clima benigno al que se relacionaba con civilización, progreso y potencialidad para la inmigración, preferiblemente de población blanca proveniente de Europa.

La hipótesis que desea demostrarse es que a pesar de que las representaciones sobre el clima por parte de los autores pretendían mostrar cierta científicidad, recolectando datos con instrumentos, o clasificando los pisos térmicos, lo que prevaleció fueron apreciaciones, calificativos, valoraciones subjetivas marcadas por el lugar de procedencia, cuando los autores eran extranjeros, o por el lugar social de elite, cuando eran colombianos. De esta forma, esas apreciaciones sobre el clima lo que hacen es crear y reforzar estereotipos sobre las características y particularidades del clima en el país. También es de indicar que esas valoraciones no son homogéneas, por el contrario, generan conflictos y contradicciones. Mencionemos un solo caso que se

tratará más adelante. Mientras que generalmente se mostraba a las zonas bajas como Chocó y los Llanos orientales con clima malsano algún autor afirmaba que esas regiones tenían clima benigno en donde la población gozaba de buena salud.

Siguiendo con lo anterior, la mayoría de la historiografía que ha abordado este tema concluye que la visión dominante en el siglo XIX era la que indicaba que en las regiones con “clima benéfico”, las zonas altas de los Andes, era donde florecía la civilización y, desde aquéllas, esa civilización descendía a las regiones de baja altitud. Esas zonas bajas presentaban clima malsano y allí habitaban sujetos “perezosos”². Esta interpretación sobre la literatura del siglo XIX puede ser acertada, sin embargo, deja de lado los casos que muestran tensiones y que se salen de ella. En este artículo veremos ejemplos de obras en donde sus autores plasmaron visiones contrarias a las representaciones que se presumían totalizadoras.

La literatura utilizada son los relatos de viaje y la prosa, general pero no específicamente costumbrista. De esta forma, se consultaron más de medio centenar de relatos de viaje escritos por extranjeros y colombianos. También se consultó más de un centenar de textos, sobre todo costumbristas. El tema tratado en el artículo ya ha sido abordado anteriormente, comenzando por estudios sobre la obra de Francisco José de Caldas³ y pasando por las visiones que sobre el clima produjeron y reprodujeron varios autores desde Alexander von Humboldt y algunos científicos e intelectuales colombianos o extranjeros que estuvieron en Colombia como Agustín Codazzi, José María Samper, entre otros⁴. Sin embargo, como se expresó antes, este artículo se enfoca en las tensiones en las representaciones sobre el clima, los ejemplos que rompen con la idea de que el clima benigno es únicamente altoandino, mientras que el malsano se

² Felipe Martínez Pinzón, *Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808-1928)* (Madrid: Iberoamericana / Vervuert, 2015); Natalia Robledo Escobar, Laura Gutiérrez Escobar y Nelsa de la Hoz, “El platanal o la nación: representaciones sociales y prácticas en torno al plátano en la Colombia del siglo XIX”, *Trashumante*, 17 (2021): 12-15, DOI: 10.17533/udea.trahs.n17a01; Yelitza Osorio Merchán y Juan David Delgado Rozo, “Tierras altas y bajas en la Colombia del siglo XIX: reflexiones sobre el influjo del clima como generador de paisajes civilizados”, in Astrid Ulloa, editora, *Perspectivas culturales del clima* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011), 119-136; Germán Palacio Castañeda, *Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia 1850-1930* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, ILSA, 2006), 47-64.

³ Francisco José de Caldas, “Del influjo del clima sobre los seres organizados”, *Anales de Ingeniería*, 28.209-210 (julio-agosto 1910): 28-50; Mauricio Nieto, Paola Castaño y Diana Ojeda, “El influjo del clima sobre los seres organizados’ y la retórica ilustrada en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada”, *Historia Crítica*, 30 (2005): 91-114, <https://doi.org/10.7440/histcrit30.2005.04>.

⁴ Martínez Pinzón, *Una cultura*; Katherine Mora Pacheco y José David Cortés Guerrero, “Bajo el sol ardiente y la lluvia torrencial. Viajeros extranjeros y clima colombiano en el siglo XIX”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 26:2 (2021): 131-158, <https://doi.org/10.18273/revanu.v26n2-2021005>.

ubica en las zonas bajas; o los casos que muestran a la “eterna primavera” como una construcción que no es exclusiva de los extranjeros por asemejarse al clima europeo.

Teniendo en cuenta lo expuesto en los párrafos anteriores, los aportes esenciales del artículo son: mostrar los casos que rompen, o por lo menos cuestionan, las interpretaciones comunes sobre las representaciones que sobre el clima se construyeron en el siglo XIX; ampliar la base de fuentes para el estudio de las representaciones sobre el clima y, a partir de los hallazgos, aventurar hipótesis y explicaciones que cuestionan las comúnmente enunciadas sobre esas representaciones.

El artículo puede ubicarse en los esfuerzos interpretativos que buscan explicar cómo, empleando diversos tipos de literatura, se construyeron imaginarios sobre la zona intertropical. Esto significa que más allá de la existencia de una zona geográfica ubicada entre los trópicos de Cáncer y Capricornio se construyó una narrativa sobre esa zona. En ese sentido, Daniel Clayton y Gavin Bowd han indicado que los imaginarios sobre lo tropical han sido elaborados como si fueran un todo, impidiendo ver las particularidades⁵. Esos imaginarios creados, entre otros aspectos, para justificar la expansión imperial fueron reforzados por las elites locales colombianas generalmente habitantes de las zonas altas andinas. Esta imagen se reforzó en el siglo XIX y comienzos del XX gracias a intelectuales como Alexander von Humboldt, Friedrich Ratzel, Ellen Churchill Semple y Ellsworth Huntington⁶. Sin embargo, ella venía desde por lo menos el siglo XVI cuando los europeos comenzaron a imaginar la zona intertropical como la confrontación entre paraíso e infierno⁷.

Desde el siglo XVI los trópicos comenzaron a imaginarse como el paraíso abundante en donde se requería una mínima inversión de esfuerzo para sobrevivir. A la vez era un espacio de pobreza, dificultades, enfermedades. En este sentido se pensaba que los europeos no podían permanecer de manera permanente en los trópicos pues su salud corría riesgos⁸. Esto, como se verá en el artículo, fue puesto en cuestión por

⁵ Daniel Clayton y Gavin Bowd, “Geography, Tropicality and Postcolonialism: Anglophone and Francophone Readings of the Work of Pierre Gourou”, *L'Espace géographique* 35, 3 (2006): 208-221, DOI:10.3917/eg.353.0208.

⁶ Sara Koopman, “Imaginarios de blanquitud, imaginarios de paz: tropicalidad en Colombia”, *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía* 32, 2 (2023): 457-474. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v32n2.104333>

⁷ Nicolás Wey Gómez, “Memorias de la zona tórrida: el naturalismo clásico y la ‘tropicalidad’ americana en el Sumario de la historia natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo (1526)”, *Revista de Indias* 73, 259 (2013): 609-632, <https://doi.org/10.3989/revindias.2013.20>

⁸ David Arnold, *The Problem of Nature: Environment, Culture and European Expansion* (Cambridge: Wiley-Blackwell, 1996).

algunos viajeros extranjeros como Jorge Brisson quien indicó, finalizando el siglo XIX, que las zonas de baja altitud sobre el nivel del mar también podían ser habitadas, sin mayores problemas, por poblaciones blancas.

Los europeos sabían que en las zonas tropicales había diferencias climáticas que se presentaban por la altitud sobre el nivel del mar, sin embargo, algunos viajeros europeos se quedaban con la imagen de las zonas cálidas y húmedas de los puertos marítimos y las zonas costeras, y a partir de allí construían una narrativa sobre la sociedad que habitaba esas regiones. Ante esa narrativa protestaban algunos intelectuales colombianos como José María Samper. Cuando este vivía en Europa, en 1861, escribió sobre el libro del francés Gaspard Mollien quien estuvo en Colombia a mediados de la década de 1820⁹. Para Samper, “Mollien (que no hizo en Colombia estudios, sino colecciones de consejas ridículas) no escribió sino puerilidades y absurdos”. Según José María Samper, los europeos que viajaban por lo que hoy es América Latina solo visitaban las zonas costeras “o deteniéndose durante pocos días en algunas ciudades, o tratando solo con las clases inferiores de la sociedad”, lo que ayudaba a construir visiones equivocadas sobre América. Para el intelectual colombiano los europeos sabían que en Colombia había “volcanes, terremotos, indios salvajes, caimanes, ríos inmensos, estupendas montañas, mosquitos, calor y fiebres en las costas y los valles húmedos, boas y mil clases de serpientes, negros y mestizos, y una insurrección o reacción a mañana y tarde. Saben también que producimos oro y plata, quinas y tabaco, y mil otros artículos de comercio”, pero poco o nada sabían de “la estructura de nuestras instituciones, el genio de nuestras costumbres, las influencias que nos rodean, las condiciones del trato internacional que se nos da, las tendencias que nos animan, y el carácter de nuestra literatura, nuestro periodismo y nuestras relaciones íntimas”¹⁰. José María Samper tomó como ejemplo al escritor inglés Anthony Trollope¹¹, afirmando que “se detuvo tres o cuatro días en Santa Marta, Cartagena y Panamá, y como no encontró allí nada parecido a *Hyde Park* y *Regent Street* ni a su fuerte y orgullosa raza británica, declaró sin apelación que toda la Nueva Granada era un país bárbaro y en pleno retroceso, insalubre y odioso”. Esta actitud del escritor británico

⁹ Gaspard Mollien, *Viaje por la república de Colombia en 1823* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1944).

¹⁰ José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas). Con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina* (París: Imprenta de Thunot, 1861), 3-4.

¹¹ Anthony Trollope, *The West Indies and the Spanish Main*, 4ª. ed. (London: Chapman & Hall, 1860).

motivaría, según Samper, que los colombianos “declarásemos a Inglaterra un país bárbaro y mortífero, porque su populacho es el más grosero de todos los países civilizados, y porque en Londres reina la tisis en permanencia”¹².

El lapso del artículo es el siglo XIX acotado desde la década de 1820 hasta la guerra de los Mil Días (1899-1902). Se debe tener en cuenta que hasta 1830 Colombia estaba también conformada por Venezuela y Ecuador, y hasta 1903 también por Panamá. Llamamos Colombia, para facilitar el nombre, aunque en ese periodo el país tuvo varias denominaciones: Nueva Granada, Confederación Granadina, Estados Unidos de Colombia y, finalmente, Colombia.

LOS “CLIMAS COLOMBIANOS”

La mayoría de los viajeros extranjeros provenía de zonas de latitudes medias en donde había variaciones de temperatura a lo largo del año manifestadas en cuatro estaciones térmicas. En cambio, en las zonas de latitudes bajas o ecuatoriales, en las que está Colombia, las estaciones son pluviométricas, es decir marcadas por el régimen de lluvias. Así, hay estación seca llamada verano y estación lluviosa llamada invierno. Es de indicar que por factores como el relieve hay unas regiones con régimen de lluvias monomodal, es decir una estación seca y otra lluviosa, y otras regiones con régimen bimodal, dos estaciones secas y dos lluviosas en un año¹³. El cambio de temperatura depende de la altitud, es decir de la ubicación de los lugares en relación con el nivel del mar. Estos son los pisos térmicos, pisos bioclimáticos o microclimas de altitud. De esta forma, a medida que se asciende en las montañas, la temperatura va descendiendo. Y viceversa, a medida que se desciende la temperatura aumenta. De esto último eran conscientes los escritores colombianos, pero los extranjeros lo probaban en las experiencias del viaje, sobre todo aquellos que no tenían experticia científica. De esta forma tenemos una primera representación sobre el clima a la que algún viajero llamó “climas colombianos”. De esa representación, como veremos más adelante, se desprenden, por lo menos, tres más, la de la abundancia y riqueza de productos

¹² Samper, *Ensayo sobre las revoluciones* 124-125. Cursivas en el texto.

¹³ Ernesto Gühl, *Colombia. Bosquejo de su geografía tropical* (Bogotá: Universidad de los Andes, Universidad Nacional de Colombia, Jardín Botánico José Celestino Mutis, 2016).

naturales, la de la adaptación a la diferencia de pisos térmicos por medio de mobiliario y la de características de tipo cultural ubicada en pisos térmicos específicos.

En su recorrido por el nororiente del país como secretario de la Comisión Corográfica, en 1850, Manuel Ancízar mostró cómo la altitud sobre el nivel del mar incidía en la escasa variación térmica. Piedecuesta, en el actual departamento de Santander, se ubica a “1.009 metros sobre el nivel del mar”, y su clima era “tan igual, que en treinta observaciones verificadas por series de horas en diversos días, la oscilación del termómetro centígrado se redujo a los términos mínimo 24° y máximo 26°”¹⁴. Más al norte, en Ocaña, actual departamento de Norte de Santander, Ancízar notó la misma característica, indicando cómo, en poco espacio, se presentaban varios pisos térmicos: “Pasemos de las serranías al llano, del clima cálido al frío. Dos horas de marcha nos bastan para ello en las provincias del Norte”¹⁵. Dos años después, en Sonsón, actual departamento de Antioquia, cuando se dirigía de Medellín a Bogotá, el liberal Manuel Pombo, hermano del poeta Rafael, observó cómo, en breve espacio, existen varios pisos térmicos. Pasando el río Aures “el calor del sol y de la temperatura nos hacía transpirar en abundancia, y ahora el viento y las nieblas del Capiro casi nos entumecían las manos; tan rápidas así son las transiciones en este país, eminentemente montañoso”¹⁶. Pombo apuntó a la explicación básica de los variados y continuos pisos térmicos, la característica montañosa del país por los tres ramales de la Cordillera de los Andes.

Los extranjeros aprendían o comprobaban la característica térmica de Colombia en la propia experiencia. En su visita a Colombia, en la década de 1850, el geógrafo francés Eliseo Reclus explicó las características de lo que denominó “climas colombianos”. Para él, la altitud sobre el nivel del mar era el más importante determinante del clima. Indicaba que “los climas colombianos” dependían más de “las condiciones del relieve, de la exposición del suelo y de la dirección de los vientos que de la latitud de los lugares”. Así, lo que él denominó “las paralelas que se trazan sobre la redondez del globo”, es decir, los paralelos, “tienen poca importancia en un país íntegramente situado entre los trópicos y que dos veces cada año presenta todas las partes de su superficie a los rayos verticales del sol”. De esta forma no importaba la

¹⁴ Manuel Ancízar, *Peregrinación de Alpha* (Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2016), 453.

¹⁵ Ancízar, *Peregrinación*, 494.

¹⁶ Manuel Pombo, *De Medellín a Bogotá* (Bogotá: Presidencia de la República, 1992), 71.

latitud sino la altitud, “razón principal del escalonamiento de los diversos climas en las faldas de las montañas y en las terrazas superiores”. Esto podía constatarse al ver que, entre “los calores tórridos de la llanura baja” y “los fríos polares de la cima nevada”, podían encontrarse “todos los climas”. Sin embargo, era necesario indicar que las curvas de nivel y “las de los grados isotérmicos” no eran paralelas, por el contrario, “en todas partes se entremezclan en inextricable red”. Esto significaba, según Reclus, que la tradicional división “de las comarcas montañosas en tierras calientes, templadas y frías”, no sólo debería especificarse, “para mayor precisión”, en “tierras tórridas, calientes, templadas, frías y polares”, sino que no podría aplicarse de manera uniforme, pues “los límites varían de una montaña a otra, de uno de sus flancos al opuesto”¹⁷. Sin referirse a ellos, Reclus hizo más específica la división que habían hecho Humboldt y Bonpland en tierras caliente, templada y fría¹⁸.

Años después, el científico francés Charles Saffray mostró cómo la temperatura variaba en relación con la altitud. Según él, bastaría elegir, de acuerdo con la altitud, “una llanura, un valle, una meseta o una montaña”, para encontrar el clima que se quisiera. Había algunas regiones del país en donde se tenían todos los climas a “mano en un radio de pocas leguas”. De acuerdo con mediciones que realizó, la temperatura disminuía “por término medio un grado por cada ciento setenta o ciento ochenta metros de elevación”. De esa forma, en Cartagena y en la desembocadura del Magdalena, la temperatura media era de 33°C, a mil metros de altitud era de 27°C, a dos mil metros era de 24°C, a tres mil metros era de 11°C, y a cuatro mil metros, de 5°C¹⁹.

Siguiendo con uno de los tópicos que trataron Humboldt y Bonpland y que retomó Reclus, en la década de 1880 el suizo Ernst Röthlisberger apuntó las diferencias que generaba la altitud sobre el nivel del mar en cuanto a la denominación que recibía la tierra. Él explicó que “las diversas gamas de posibilidades climáticas” se debían a “la situación ecuatorial del país, unida a la presencia de tan enormes cadenas montañosas cubiertas de nieves perpetuas”. Igual que Reclus advertía que las “circunstancias locales de cada sitio” dificultaban la división, pero, a pesar de ello, se distinguían tres grandes

¹⁷ Eliseo Reclus, *Colombia* (Bogotá: Banco de la República, 1865), 104-105.

¹⁸ Alexander von Humboldt y Amadeo Bonpland, *Ideas para una geografía de las plantas más un cuadro de la naturaleza de los países tropicales* (Bogotá: Litografía Arco, 1985).

¹⁹ Charles Saffray, *Viaje a Nueva Granada* (Bogotá: Ministerio de Educación de Colombia, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948), 126.

regiones, “la región alta y fría (Tierra fría); la región media y de moderada temperatura (Tierra templada), y la región baja y cálida (Tierra caliente)”²⁰.

A partir de la representación de los “climas colombianos”, respaldada por la ciencia en cuanto a, por ejemplo, datos obtenidos con instrumentos, se construyeron otras representaciones que pretendían mostrar cualidades y desventajas de esa característica, los pisos térmicos. Esto significa ver otras representaciones construidas desde el factor altitud. La de la abundancia y riqueza de productos naturales, la de la adaptación a la diferencia de pisos térmicos por medio de mobiliario, la de la civilización y la barbarie ubicada en pisos térmicos específicos.

Una primera representación y característica por los pisos térmicos es la de la riqueza derivada de la variedad agrícola y ganadera que se encuentra en distancias cortas. En la década de 1850 el político liberal, y futuro presidente del país, Santiago Pérez, indicó la variedad que se encuentra en la región de Rumichaca, unos ochenta kilómetros al sur de Pasto, actual departamento de Nariño. Indicaba que la “riqueza de aquellas gentes” estaba constituida por los productos agrícolas “que son todos los de climas fríos y templados”, con los cuales también abastecía Barbacoas, una población de altitud baja a 36 msnm, al occidente de Pasto rumbo al Océano Pacífico. Además, Rumichaca contaba con “abundancia de rebaños” que les permitía fabricar tejidos de lana, ruanas, capisayos y pellones. Pérez también enfatizaba que sus pobladores se veían favorecidos por la posición altitudinal ya que, con sus productos, por ejemplo, víveres, comerciaban con Pasto, de donde obtenían barnices y dinero. A Barbacoas llevaban víveres y sombreros, que cambiaban por “mercancías extranjeras, por cocos y por pescado”. Entre tanto llevaban a Ecuador ganado y dinero que cambiaban por sal, “bayetas, pinturas y otros artículos”²¹.

Una segunda representación que se observa es la de la adaptación a los pisos térmicos a partir del mobiliario. Era claro que la temperatura definía el tipo de muebles que se usaba. En la década de 1820 el sueco Carl Gosselman aludió a la hamaca como el adminículo característico para descansar. En Cartagena vio una habitación de una casa en la cual el mueble *sine qua non*, era la cama. Esta era “soberbia, totalmente del gusto

²⁰ Ernst Röthlisberger, *El Dorado* (Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1963), 59.

²¹ Santiago Pérez, “Apuntes de un viaje por el sur de la Nueva Granada, en 1853”, in *Museo de cuadros de costumbres, tomo II* (Bogotá: Banco popular, 1973), 150.

francés, aunque solo fuese una muestra para definir la pieza, más que para dormir en ella”, pues “para este clima las mejores camas serán siempre las hamacas [...] que se ubican en el lugar más fresco, ya sea el salón, la sala o el dormitorio”. De igual manera estaba un armario grande que se necesitaba para “guardar los vestidos necesarios para este clima”²². Sesenta años después el alemán Alfred Hettner indicó que “el uso salvador de la hamaca por lo general se limita a regiones bajas, ya que en aquellas de mayor altitud surgiría el problema de la protección contra el frío, motivo por el cual allí ni siquiera están provistos de los acostumbrados ganchos para colgar tan importante accesorio”²³.

Una tercera representación consiste en la de las características de tipo cultural ubicadas en pisos térmicos específicos. Manuel Ancízar afirmaba que Moniquirá, en el actual departamento de Boyacá, tenía “usos diferentes, algo parecidos ya a los de tierra caliente: los vestidos son muy ligeros, las casas más ventiladas, los modales más sueltos y comunicativos”. Indicaba que esa “gradación de costumbres, trajes, alimentos y modales” se veía desde lo que denominó el “recogimiento silencioso” de quienes habitaban “la región alta de los Andes” hasta “la abierta franqueza y carácter accesible de los habitantes de las calurosas llanuras de Cúcuta”. Es interesante ver cómo Ancízar entendió que esa gradación estaba directamente relacionada con el “paulatino ascenso del termómetro”²⁴. Más adelante, en Ocaña, actual departamento de Norte de Santander, Ancízar relacionó la altitud con los “dialectos”. Así, el “hablar” de los habitantes de Ocaña es “rápido, la voz un tanto nasal, y la pronunciación incorrecta por suprimir la s, tan silbada en las cordilleras, y por el trueque de letras peculiar a los moradores del litoral”. Para él, esta característica que podía ser insignificante, no lo era, pues se debía a “una modificación profunda en el organismo por virtud del clima”. En las regiones frías “los dialectos” eran fuertes, mientras que en las zonas calientes eran “abiertos y morosos”²⁵.

²² Carl August Gosselman, *Viaje por Colombia 1825 y 1826* (Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1981), 37.

²³ Alfred Hettner, *Viajes por los Andes colombianos (1882-1884)* (Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1976), 148.

²⁴ Ancízar, *Peregrinación*, 146.

²⁵ Ancízar, *Peregrinación*, 499.

Ahora bien, los escritores observaron que las diferencias en la altitud afectaban a las personas. En la década de 1820 el inglés John Hamilton indicaba que “el clima ardiente de la costa resulta fatal para gran número de los habitantes de las altiplanicies de Colombia”, mientras que “el clima de las provincias de mayor latitud les sienta muy bien a los negros y mestizos que vienen de la costa”²⁶. Sesenta años después Alfred Hettner reafirmaba esto. Según él, “raras veces el habitante de las regiones altas o de la tierra templada se atreve a penetrar en las selvas del bajo Magdalena, pues para el forastero, no adaptado al clima desde temprana edad, la fiebre resulta mortífera”. En su recorrido por el país indicaba que vio, en las zonas bajas, pocas personas blancas, pues “la gran mayoría de los moradores se compone más bien de indios y negros, o, tal vez aun en mayor proporción, de zambos, o sea mezcla de las dos razas”²⁷. Vemos cómo de las diferencias adaptativas a los pisos térmicos se pasó a señalar cómo una característica de ellos era el tipo de habitantes dependiendo de la raza. A mediados del siglo XIX el diplomático brasileño Manuel María Lisboa dio a entender que a medida que se ascendía por los Andes, iba mejorando la raza, cada vez más parecida a la europea. En las riberas del Magdalena se encontraba “mucha sangre africana y mucha más de indios cobrizos”. Al llegar a Honda, la raza empezaba “a mejorar”. Al subir los pisos térmicos, dirigiéndose a lo que se llamaba la tierra fría, Lisboa afirmaba que desaparecía totalmente “la raza mestiza y los campos y las sierras se ven ocupados por hombres y mujeres robustos, claros y vivamente rosados, que en nada difieren de la más bella población de Europa”²⁸. Es claro que los autores antes referenciados convienen en que la civilización se ubica en las zonas altas y, a medida que se desciende, esta va desapareciendo para darle paso a la barbarie²⁹.

En estos recientes párrafos vemos aspectos que trataremos más adelante como lo son las representaciones sobre el clima malsano, el clima benigno, y cómo el clima, en general, determina características de la población.

²⁶ John Hamilton, *Viajes por el interior de las provincias de Colombia, tomo I* (Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1955), 134-135.

²⁷ Hettner, *Viajes*, 70.

²⁸ Miguel María Lisboa, *Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador* (Bogotá: Fondo Cultural cafetero, 1984), 198.

²⁹ Puede verse Martínez Pinzón, *Una cultura*, 14-15; Robledo, Gutiérrez y de la Hoz, “El platanal”, 12-15; Eduardo Restrepo, “Negros indolentes’ en las plumas de corógrafos: raza y progreso en el occidente de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX”, *Nómadas* 26 (2007): 28-43.

LA “ETERNA PRIMAVERA”

A medida que los extranjeros recorrían el país, subían y bajaban los Andes, transitaban por los valles interandinos o los llanos, comparaban el clima del territorio recorrido con el del lugar de procedencia. A partir de esa comparación construyeron la representación de que en algunos lugares del país existía una eterna primavera. Así, los autores extranjeros parecían encontrar las “Nuevas Europas”, para emplear la expresión de Alfred Crosby³⁰.

En la década de 1820 el francés Jean-Baptiste Boussingault indicó que, en Portachuelo, lugar por el que pasó rumbo a Cerinza, en el actual departamento de Boyacá, a una altura de 3108 msnm, y una temperatura de 12.8°C presentaba un paisaje de “praderas, campos de trigo, ganado que pastaba y casas cubiertas de paja” que le recordaban el “clima de Europa”³¹. En la década de 1880 el alemán Alfred Hettner comparó el clima de su lugar de procedencia con el clima de las regiones colombianas que transitaba. Residiendo en Bogotá indicó que, al ascender cien metros por encima de la sabana de Bogotá, “ya habríamos alcanzado la altura que, en la Suiza septentrional, está demarcando el comienzo de las regiones permanentemente cubiertas de nieve”. Particularmente los cerros tutelares, Monserrate y Guadalupe, “ganan considerablemente en altura al Glärnisch”. En cuanto al cerro de La Peña estaba casi al nivel del “Tödi, excediendo la de la Dreierherrenspitze”. Hettner indicaba que a pesar de estar casi a la misma altitud las montañas europeas que las colombianas que él referenció, en las primeras ya se encontraban las nieves perpetuas, mientras que “tendríamos que levantarnos 1.000 metros más para llegar aquí al borde de la nieve perpetua”³².

A partir de la comparación entre climas se elaboró la representación de la eterna primavera. En la década de 1820 el británico Alexander Walker expuso la idea de que el país presenta una eterna primavera. Indicaba que esa primavera se daba por asuntos geográficos pues por estar en el trópico se pensaría que siempre hay un “sol devorador” y “una tierra inhabitable por el calor excesivo”. Sin embargo, “la naturaleza

³⁰ Alfred Crosby, *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900* (Barcelona: Crítica, 1999).

³¹ Jean-Baptiste Boussingault, *Memorias* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Banco de la República, 1994), 182.

³² Hettner, *Viajes*, 9. Las tres elevaciones europeas reseñadas por el autor se ubican en Suiza las dos primeras y en la frontera austriaco-italiana la última.

ha variado talmente el temperamento de su clima, que en varios parajes sus habitantes gozan de una perpetua primavera”³³. Particularmente afirmó que se oía decir, “muy a menudo”, que el clima de Caracas era “una perpetua primavera”. Según él, esto mismo se decía que pasaba “en toda aquella parte de las Cordilleras de la América equinoccial que están entre cuatrocientas y novecientas toesas de elevación, a no ser que la grande anchura del valle esté junto a un suelo árido, lo que causa una intensidad extraordinaria de calórico”³⁴. Entonces Walker está hablando de una franja ubicada entre 780 msnm y 1700 msnm. Es decir, lo que otros autores llamarían la tierra templada. Esto nos introduce en un asunto que dependerá de cada autor. La “eterna primavera” no se ubica en un piso térmico específico. Algunos creían, por ejemplo, que ella estaba en Bogotá, a 2600 msnm.

En la misma década de 1820 los científicos franceses Jean-Baptiste Boussingault y François Désiré Roulin indicaban que el clima de la sabana de Bogotá se parecía al clima europeo en el sentido de lo primaveral. Según ellos era una región “en donde el clima es análogo al de Europa, en donde pueden recorrerse campos inmensos cubiertos de cereales”. Allí podían verse valles elevados entre dos mil y tres mil metros en los cuales la temperatura en el curso del año no excedía de 14 a 16 grados centígrados³⁵. En otra obra el mismo Boussingault afirmaba que el clima de la sabana de Bogotá era “delicioso”, era como “la primavera de los países templados de Europa”. Sin embargo, en la estación lluviosa Bogotá era “uno de los sitios más desagradables, teniendo en cuenta que en el interior de las habitaciones no hay calefacción. Inclusive existe un prejuicio contra las chimeneas desde que un arzobispo murió de repente al acercarse a una de ellas”³⁶. En esto coincidía el estadounidense Richard Bache para quien el clima bogotano tenía poco de primaveral siendo “desagradablemente frío” debido a la altitud. Según él, se podían sentir las nubes “flotando sobre la ciudad” debido a que estaba construida “imprudentemente” cerca de las montañas³⁷. Este aporte de Bache es

³³ Alexander Walker, *Colombia siendo una relación geográfica, topográfica, agrícola, comercial, política, de aquel país, tomo I* (Londres: Baldwin, Cradock y Joy, 1822), 13.

³⁴ Walker, *Colombia*, 79. La toesa era una medida de longitud francesa equivalente a 194.9 centímetros.

³⁵ Jean-Baptiste Boussingault y François Désiré Roulin, *Viajes científicos a los Andes ecuatoriales* (París: Librería Castellana, 1849), 7.

³⁶ Boussingault, *Memorias*, 229.

³⁷ Richard Bache, *Notes on Colombia, taken in the years 1822-3* (Philadelphia: H. C. Carey & I. Lea, 1827), 225.

relevante porque muestra que la representación primaveral era susceptible de matizarse dependiendo de los autores.

También en la década de 1820 el diplomático inglés John Hamilton afirmó que el clima bogotano “puede considerarse como una primavera perpetua”. Sin ser él científico, se propuso demostrar esa aseveración. Durante tres meses recolectó datos con un termómetro “en una habitación, sin calefacción, en la sombra”. En ese lapso “casi nunca” encontró temperaturas por encima de 70°F o por debajo de 56°F (21°C-13°C). Para él, en todas las épocas “la temperatura es muy agradable”, lo que permitía “un paseo por la mañana temprano después de una noche de lluvia”³⁸.

A mediados del siglo XIX el escritor colombiano Juan Francisco Ortiz también afirmaba la existencia de una eterna primavera, aunque la circunscribía a Bogotá. Según él, “en las llanuras de Bogotá reina una primavera eterna, fenómeno que asombra a algunos extranjeros que no aciertan a explicárselo”, aunque esto último no es cierto pues como vemos crearon una representación del clima colombiano relacionándolo con la primavera. Continuaba Ortiz afirmando que la característica de la primavera podía verse porque todo el año había rosas, geranios, anémonas, jazmines y “las mil y mil flores que brotan bajo el cielo del trópico, sin sentirse un calor sofocante ni un frío que moleste”. Sin embargo, esa representación de la eterna primavera desaparecía a medida que se descendía pues aumentaba el calor³⁹, con lo cual, como indicamos atrás, el autor colombiano circunscribió la primavera a la sabana de Bogotá.

En la década de 1880 Alfred Hettner, basándose en Humboldt, indicaba que el clima de Bogotá era del tipo “primaveral eterno”. De esa forma podía sentirse elevado calor hacia mediodía, tanto así que los rayos solares podían causar “quemaduras dolorosas en la nuca”. Entretanto en los días lluviosos la temperatura descendía tanto como para desear el calor de una “estufa”, o una “morada más abrigada”⁴⁰.

No todos los autores circunscribían la “eterna primavera” a Bogotá. En la década de 1850 Eliseo Reclus indicaba para Ibagué, en el actual departamento del Tolima, que esa ciudad ubicada a 1285 msnm gozaba de “la eterna primavera”⁴¹. En los mismos años

³⁸ Hamilton, *Viajes, tomo I*, 104.

³⁹ Juan Francisco Ortiz, “El Salto del Tequendama”, in *Museo, tomo II*, 139.

⁴⁰ Hettner, *Viajes*, 32.

⁴¹ Reclus, *Colombia*, 186-187.

el colombiano Andrés Posada Arango aludió a la eterna primavera, pero esa vez refiriéndose a la región en la que estaba Medellín. Según el autor, en “un hermoso valle, de cerca de seis leguas de longitud y cinco de anchura” se encontraba Medellín, elevada a “1.500 metros sobre el nivel del océano”. La región gozaba “constantemente de una suave temperatura, que le proporciona los encantos de una primavera eterna”. Posada poetizaba al indicar que el cielo era de “un bellissimo azul”, el cual se adornaba de “nubecillas blancas como nieve”. El paisaje no podía ser más paradisiaco con la presencia de población activa. Había “varias aldeas de risueño aspecto, sentadas en torno al pie de las cordilleras”. Además, también había en toda la región “acá y acullá innumerables granjas diseminadas”, con “praderías”

cubiertas de reses y de bestias, o campos de sementeras divididos en cuadros de diversos colores, que aparecen a lo lejos como alfombras, en que contrasta el verdor intenso del follaje del maíz con el amarillento de la caña de azúcar, y el tinte indefinible de los yucales con el oscuro de los platanales y el café; y en el fondo se descubren manchones de arboledas, cargadas en todo tiempo con los rápidos frutos de los trópicos⁴².

Ortiz y Posada son ejemplos de que la representación de la “eterna primavera” no se reduce a los autores extranjeros, como comúnmente se cree. Colombianos como ellos también creyeron ver en el clima de algunas regiones del país esa característica. Así, se cuestiona el origen europeo de la representación para enmarcarla, mejor, en un diálogo entre una elite ilustrada, nacional y extranjera, que creía ver en el país características similares a las de Europa, así fueran relacionadas al clima.

También para Antioquia, y para la década de 1860, Charles Saffray indicaba la prosperidad que esa región tenía, vinculada con la representación de eterna primavera. Según él, todo pronosticaba a “que esta provincia sea el corazón de la República neogranadina; ninguna otra reúne tantos elementos de prosperidad limitada en un lado por la cordillera occidental”, ubicada a “una altitud media de dos mil quinientos metros”, en “donde reina todo el año el clima de Francia en la primavera”⁴³.

⁴² Andrés Posada Arango, “Viaje a Oriente”, in *Museo, tomo IV*, 72.

⁴³ Saffray, *Viaje*, 121.

Sin embargo, no todos los autores apuntaban a la representación de “eterna primavera”. Para el suizo Ernst Röthlisberger sería bueno que el “extranjero no insista mucho en persuadirse de que vive en un clima de primavera eterna”. Por ejemplo, en las zonas altas el sol quemaba, pero no acaloraba. Esto, unido al aire muy húmedo, los “fuertes vientos y los aguaceros”, y la diferencia “entre la temperatura a la sombra y al sol, diferencia que puede llegar a veces hasta los 15°C, todo ello aconseja prevenirse de enfriamientos. Los resfriados y catarros son frecuentes por las causas dichas, y las pulmonías se han llevado a la tumba a más de un vigoroso extranjero”⁴⁴. Así, esta característica no se presentaba en la primavera europea, siendo, incluso, peligrosa para la salud. Así las cosas, no solo en las zonas de baja altitud el clima podía ser peligroso para la salud de los habitantes, sobre todo extranjeros.

Sesenta años antes a lo expuesto por Röthlisberger, el francés Gaspard Mollien afirmaba que no se podía decir que el clima de la sabana de Bogotá era de eterna primavera, sino de eterno otoño. Indicaba que si bien los viajeros podían hablar de encontrar en esa sabana una Nueva Europa lo hacían no por la eterna primavera sino porque en ella no tenían que temer “las alimañas o los insectos que infestan las regiones que riega el Magdalena”, debido a que “en estas alturas el frío no las permite vivir”. Ahora bien, si el humano en tierra fría no se exponía a los insectos, su organismo se resentía “al pasar rápidamente a un clima cuya temperatura pocas veces excede de 12°R (éaumur)” (15°C), por lo que la sabana de Bogotá más bien estaba “entristecida por un otoño perpetuo que alegrada por una constante primavera”⁴⁵. De esta manera la representación también se conflictúa pues para Mollien no se podía hablar de primavera sino de otoño, lo que nos demuestra una de las características de las representaciones del clima y es que si bien buscan ser aglutinantes dependen también de particularidades, en este caso de la visión de un autor.

⁴⁴ Röthlisberger, *El Dorado*, 83-84.

⁴⁵ Mollien, *Viaje* 58.

EL CLIMA MALSANO: “MORTÍFERO, DIABÓLICO, PERVERSO Y PÚTRIDO”

Como lo vimos en Mollien, a los autores les preocupaba las consecuencias del clima por elementos relacionados como, por ejemplo, los insectos, las altas temperaturas, la alta humedad, las enfermedades, es decir, las condiciones que impedían que los seres humanos, particularmente los que se proclamaban blancos y civilizados, pudiesen vivir de una manera cómoda⁴⁶. A ese clima se le podría llamar malsano. En este apartado veremos la representación de ese clima malsano al que se le relacionaba con la barbarie, la incivilidad, la enfermedad y la muerte. Y también se le relacionaba con algunas “razas” que podían vivir en él.

En la década de 1820 Boussingault quien, por sus ocupaciones como integrante de una misión científica tenía que recorrer el país, expuso la insalubridad del clima en varias regiones. Cerca a Mompo, actual departamento de Bolívar, relató que casi cien mineros y obreros provenientes de Inglaterra fueron afectados por “la *insalubridad del clima*: casi todos los hombres tuvieron *fiebres*; un joven médico y su mujer murieron en Mompo”⁴⁷. En cuanto al clima del bajo Chocó afirmó que era uno de los “más insalubres” porque era “muy caliente” y llovía “sin interrupción”⁴⁸. Más al sur, en El Bordo, actual departamento del Cauca, Boussingault indicó que tenía un “*clima mortífero*”, tanto que nadie podía aclimatarse “y se vive entre un pantano; el agua que se bebe es caliente, causa primordial de insalubridad, de acuerdo con mi experiencia”. Ese “nadie” se refiere a los hombres blancos pues en esa región sí podían vivir los negros⁴⁹. En una noche tuvo como “compañeros de habitación algunas negras y negritos, tendidos en el suelo y que exhalaban un olor repugnante”. Ante esta situación se puso a fumar “para conjurar los miasmas”⁵⁰. Sin embargo, Boussingault llamaba la atención porque el clima malsano no se relacionaba exclusivamente con las tierras bajas. También en las zonas muy altas podía encontrarse. En Salinas de Mira, al norte del actual Ecuador, había una salina a más de 3000 msnm. Para él, era “curioso que el

⁴⁶ Sobre estos tópicos ya puede consultarse bibliografía especializada: Adriano Guerra, “El imperio invisible. Los mosquitos en el Caribe colombiano vistos por los viajeros extranjeros del siglo XIX”, *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe colombiano*, 41 (2020): 103-129, <https://doi.org/10.14482/memor.41.986.1>; Claudia Mónica García López, *Las fiebres del Magdalena. Medicina y sociedad en la construcción de una noción médica colombiana. 1859-1886* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006).

⁴⁷ Boussingault, *Memorias*, 372. *Cursivas mías*.

⁴⁸ Boussingault, *Memorias*, 385.

⁴⁹ Boussingault, *Memorias*, 452. *Cursivas mías*.

⁵⁰ Boussingault, *Memorias*, 452. Los miasmas son partículas que desprendían cuerpos en descomposición y aguas estancadas. Alain Corbin, *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social, siglos XVIII y XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987).

clima de las salinas sea malsano: las fiebres son frecuentes de acuerdo con el clérigo que me acompañaba; habrían muerto allí 5 curas en 8 años”. Observó que los habitantes tenían “muy mal aspecto, sin exceptuar al alcalde que me había ofrecido su hospitalidad: el pobre hombre sufría de una grave enfermedad en el hígado”⁵¹.

Para la misma época el militar italiano Agustín Codazzi calificó al clima de Chocó y de Darién como “*diabólico*”, “*perverso y pútrido*”, tanto que “ninguno escapa a las fiebres cotidianas o tercianas, pútridas o pestilenciales, al vómito negro, a la lepra, a las obstrucciones del hígado, a las insolaciones, al pián, que hace caer a pedazos los miembros gangrenados”. Para él, en esa región “el cielo y la tierra” habían “declarado la guerra al hombre, obstinado en establecerse allí por la avidez inextinguible del oro que se encuentra por todas partes en esta región”. En efecto, para el militar la razón de peso para que las personas soportaran ese clima “diabólico” era el afán de riqueza por el oro, en una tierra que “algunos escritores la han distinguido con el nombre de tierra de oro”⁵². De igual opinión sobre el clima del Chocó, y en la misma década de 1820, era Gaspard Mollien. Según él, si bien la temperatura era “soportable”, ella sumada con la alta humedad convertía el clima “en uno de los más insalubres”, por lo que la “salud más robusta se resiente; todos los europeos enferman”⁵³. El diplomático estadounidense J. A. Bennet no era tan optimista como Codazzi en cuanto a la resistencia de los humanos al clima malsano por el afán de riquezas. Para él, el clima era “enervante”, capaz de destruir “ambición, esfuerzo y el amor por el oro”⁵⁴. Teniendo en cuenta la medicina y la fisiología de la época puede entenderse por qué se relacionan tanto los efectos de la altitud sobre el nivel del mar y del clima sobre la salud⁵⁵.

Volviendo a la población que resiste ese clima, en la década de 1820 Carl Gosselman afirmaba que podrían ser los bogas del río Magdalena. Era uno de los peores trabajos que pudiera hacer un hombre, “especialmente en este clima infernal”. Por ello,

⁵¹ Boussingault, *Memorias*, 479.

⁵² Agustín Codazzi, *Memorias de Codazzi* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970), 79-81. *Cursivas mías*.

⁵³ Mollien, *Viaje*, 304.

⁵⁴ J. A. Bennett, “My First Trip up the Magdalena, and Life in the Heart of the Andes”, *Journal of the American Geographical Society of New York*, 9 (1877): 131.

⁵⁵ Stefan Pohl-Valero, “¿Agresiones de la altura y degeneración fisiológica? La biografía del “clima” como objeto de investigación científica en Colombia durante el siglo XIX e inicios del XX”, *Revista Ciencias de la Salud*, 13 (2015): 65-72, <https://doi.org/10.12804/revsalud13.especial.2015.05>.

y allí es donde está la relación con el clima, los bogas eran “indomables, acercándose mucho a los animales salvajes”⁵⁶.

A mediados del siglo XIX la escritora colombiana Josefa de Acevedo y Gómez escribió el cuadro de costumbres “El pobre Braulio” en donde el protagonista, Braulio, un rebelde independentista, fue acusado falsamente para ser alejado de su amada Martina. La pena fue la prisión “en el mortífero clima de la costa”, específicamente en Cartagena. Cuatro años después, de regreso a Bogotá por el río Magdalena, “enfermó de fiebres tercianas”⁵⁷. Al leer literatura del siglo XIX, sobre todo obras en donde se relacione la travesía por el río Magdalena, no son pocas las referencias a las fiebres como enfermedad ante la que sucumbían los viajeros⁵⁸.

Comenzando la década de 1850, en su recorrido por las cercanías de Ocaña, actual departamento de Norte de Santander, Manuel Ancízar aludía a las características del clima malsano. Según él, era una región de “fiebres, de plagas, de intenso calor: llanuras solitarias en que el trueno retumba poderosamente”⁵⁹. Las llanuras solitarias aludían a la escasa población, pues con la representación del clima malsano se entendía que donde este existía había poca población, la cual era, generalmente, las razas inferiores.

En la novela *Manuela*, contextualizada a mediados de la década de 1850, Eugenio Díaz relata cómo la protagonista, Manuela, no podía entender que su amiga, Matea, pudiera vivir en un clima de alta temperatura. “¡Oh! ¡Qué calor! ¿Cómo pueden ustedes vivir aquí? [...] ¡Qué desgracia tener que vivir aquí!”, preguntó y afirmó Manuela, a lo que Martina respondió: “Eso es mientras que una se hace a la tierra”, es decir, que se había adaptado cultivando tabaco, asistiendo a misa y festejando los domingos⁶⁰.

Para los mismos años, en un cuadro de costumbres, José Joaquín Borda mostraba a un personaje llamado Boca de Lobo a quien todo le parecía terrible sobre su tierra, esto es las riberas del río Magdalena. Borda escribió que a Boca “los calores” le “aflojaron desmesuradamente sus quijadas” quien con “palabras cada vez más

⁵⁶ Gosselman, *Viaje*, 127.

⁵⁷ Josefa de Acevedo y Gómez, *Cuadros de la vida privada de algunos granadinos* (Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2017), 241-243. *Cursivas mías*.

⁵⁸ García López, *Las fiebres*.

⁵⁹ Ancízar, *Peregrinación*, 524.

⁶⁰ Eugenio Díaz, *Manuela* (Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2015), 344.

lánguidas, pero también más furiosas, maldijo el calor, maldijo el mosquito, maldijo los negros, maldijo la tierra en que nació⁶¹. Esto significa una particularidad de la representación del clima malsano: un habitante nativo de una región con ese tipo de clima que no se adapta a él, por el contrario, reniega del mismo. Esto es un personaje que repudia el lugar, espacial y social, al que la representación del clima malsano, elaborada por blancos, le asignó.

En otro cuadro de costumbres, y en la misma época, Felipe Pérez mostraba lo perjudicial que es el clima en la región de los Llanos orientales, esto por las altas temperaturas y la humedad. Según él, era un clima que lo destruía todo:

Vienen luego los vientos reinantes, y desprenden de aquellas corolas de muerte esos miasmas pestilenciales y desconocidos que llevan el estrago consigo. Viciase la atmósfera; destrúyanse o diézmense los poblados, perecen los hatos, no hay hombre ni animal seguro; el hálito emponzoñado se pasea por todas partes hiriendo aquí los caballos, allí las toradas, más allá los chigüiros, los venados, las vabas, los caimanes; perecen los leones, los tigres y las dantas en el seno de los bosques; sécanse los cañaverales y su descomposición produce grandes cantidades de ácido carbónico, tan nocivo a la vida animal; el calor y la humedad corrompen en breve tanto cadáver extraño; empiezan las lluvias; faltan las comunicaciones y los víveres, y nada hay activo allí más que la muerte. Sólo ella se agita, sólo ella anda; ¡sólo ella vive, en fin, por decirlo así!⁶².

En la Regeneración, finalizando el siglo XIX, continuaba la representación sobre el clima malsano. José María Cordovez Moure mostraba cómo el clima era usado como forma de castigo para los delincuentes. Afirmaba que comenzando la república la pena de muerte era por fusilamiento, “pero encontraron otro método expeditivo para salir de los presidiarios, enviándolos a trabajar en climas mortíferos, viviendo a la intemperie, sin otra seguridad personal que la custodia de un batallón de soldados; y como las fiebres no hacían distinción entre los custodiados y custodios, pronto daban razón de todos, sin que quedara alguien para contar el cuento⁶³. El mismo Cordovez Moure indicaba que en el juicio a la banda de Russi, esto es en 1851, algunos de sus integrantes fueron condenados a muerte y a otros se los sentenció a “veinte años de presidio en los

⁶¹ José Joaquín Borda, “Un viajero”, in *Museo, tomo I*, 180.

⁶² Felipe Pérez, “Los Llanos”, in *Museo, tomo II*, 194.

⁶³ José María Cordovez Moure, “Beneficencia y cárceles”, in *Reminiscencias escogidas de Santafé y Bogotá* (Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2015), 492-493.

climas mortíferos del istmo, de donde ninguno volvió”⁶⁴. En efecto, el clima de Panamá era considerado, tanto por colombianos como Cordovez, como por extranjeros, por ejemplo, Eliseo Reclus, como malsano. Según él, los primeros españoles que llegaron a Panamá la llamaron “sepultura de los vivos”, lo que obligó a que los inmigrantes de Europa y de los Estados Unidos que llegaron al istmo atraídos por la construcción del ferrocarril, se encargaran de actividades que no exigían mayor “esfuerzo físico”, pues temían “las enfermedades de la piel, el hígado, los riñones, y la fiebre amarilla en los primeros ocho meses de permanencia”, tiempo suficiente para adaptarse “como los naturales” a esa fiebre⁶⁵. El argentino Miguel Cané, en la década de 1880, y cuando la empresa francesa estaba construyendo el fracasado proyecto del canal, indicó que a esa tierra se le llamaba “Mata cristianos”, para darse cuenta del ameno clima de esas localidades”. Preguntaba el argentino “¿Cuántos han muerto hasta hoy de los que fueron contratados, desde el comienzo de la empresa?”. Según él, esos muertos no deberían buscarse en las estadísticas oficiales, “que ocultan esas cosas, sin duda para no turbar la digestión de los accionistas europeos”. Había que buscarlos “en las cruces de los cementerios, en las fosas comunes repletas”. Muchos de esos muertos eran personas “cuya higiene personal les servía de preservativo”, y a pesar de ese cuidado habían “sido de los primeros en caer bajo las fiebres del istmo”⁶⁶.

En la última década del siglo XIX José Manuel Marroquín, futuro presidente de Colombia, expuso en su novela sobre un caballo, *El Moro*, cómo los animales también sufrían los rigores del clima. Uno de los caballos, Morgante, hablando con el Moro le decía que en los Llanos “el clima enervante, los soles abrazadores y lo ruin del alimento”, agotaban “la vitalidad” de los caballos, quienes sucumbían “más presto, sin que la muerte dé tiempo a que los atormenten las enfermedades, que allí son abundantes y variadas”⁶⁷. Entre tanto, el mismo Moro indicaba que en las riberas del Magdalena sufrían más que en la sabana. En esas tierras había que “batallar con la flaqueza, la lasitud y la flojedad que hacen experimentar el clima y la falta de jugosidad de los pastos”⁶⁸.

⁶⁴ Cordovez Moure, “Juicio y ejecución de José Raimundo Russi y sus compañeros”, in *Reminiscencias*, 176.

⁶⁵ Reclus, *Colombia*, 111.

⁶⁶ Miguel Cané, *En viaje* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005), 302-303.

⁶⁷ José Manuel Marroquín, *El Moro* (Nueva York: D. Appleton y Compañía, 1897), 171-172.

⁶⁸ Marroquín, *El Moro*, 190.

Entre tanto el diplomático y poeta argentino Martín García Merou, mientras se dirigía al interior del país navegando por el río Magdalena, en compañía de Miguel Cané, dio cuenta de las características de la población que habitaba en las riberas. Notó que la población blanca se veía afectada por el clima:

Una que otra fisonomía europea, amarillenta y demacrada por aquel *clima terrible* que destruye al hombre y lo agobia con un enervamiento mortal. Porque toda exageración es pálida ante la realidad. Aquel sol es plomo derretido, el aire caldeado pasa sobre la frente como una bocanada de fuego; las hojas de los árboles penden calcinadas sin un movimiento, la reverberación del agua del río, tranquila como un espejo, deslumbra y quema los ojos; una laxitud, un cansancio imponderable se apoderan del cuerpo; los miembros fatigados se doblan al menor esfuerzo, una palidez amarillenta cubre el rostro después de tres o cuatro días de viaje; se suda a mares y sin descanso, y raro es aquel que se escapa de las fiebres intermitentes, que sacuden con furor aquella pobre máquina humana tan quebrantada, y se ensañan en ella hasta despedazarla, como una bacante sanguinaria⁶⁹.

Finalizando el siglo XIX, y a diferencia de lo que se ha visto, el francés Jorge Brisson, quien recorrió los Llanos orientales y Chocó, afirmó que el clima en esas regiones no era malsano, sino, por el contrario, permitía el asentamiento incluso de extranjeros. Esto debido a que muchos cuestionaban la posibilidad de inmigración y colonización por “insalubridad del clima”. Para él, quedaba demostrado, aunque no brinda datos, que “todos los extranjeros que viven en Quibdó, en Bagadó, en Arauca, en Orocué, gozan, hasta la edad más avanzada, de admirable salud”. Afirmaba también que la vida de los nativos de esas regiones era “relativamente más larga que en Bogotá o en Cartagena”. Según Brisson, tanto en Chocó como en los Llanos sus habitantes tenían jornadas extenuantes de trabajo, con grandes fatigas. A partir de esto se preguntaba: “¿Qué joven bogotano, en la fuerza de la edad, soportaría esa vida quince días?”, para afirmar que los bogotanos creían “que al entrar a Casanare o al Chocó, si no se mueren de una fiebre palúdica, se morirán de la picadura de una culebra”⁷⁰. Pero esto, según Brisson, no correspondía a la realidad como se manifestó atrás: la gente podía vivir sin mayores dificultades en las tierras bajas de Chocó y Casanare. De esta forma, lo

⁶⁹ Martín García Merou, *Impresiones* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 1989), 81. *Cursivas mías*.

⁷⁰ Jorge Brisson, *Casanare* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1896), 317.

afirmado por Brisson cuestiona la representación de clima malsano relacionado con tierras bajas como Chocó y los Llanos. Esto se explica porque el francés recorrió el país apoyado por el gobierno regenerador de Miguel Antonio Caro, a quien dedicó el libro aquí citado, y llamó “iniciador y protector del progreso y desarrollo de Casanare”⁷¹. Brisson se imaginaba regiones dispuestas a recibir gran afluencia de migrantes extranjeros y para ello era necesario negar la representación de clima malsano relacionada con esas zonas. Así, lo que vemos con este autor francés es que conflictúa la representación del clima malsano, presuntamente homogeneizadora. Además de querer quedar bien con el gobierno que lo patrocinó, consideramos que Brisson creía que el hombre, constructor de progreso, podía controlar totalmente la naturaleza, incluyendo regiones de clima malsano. Esa era una forma de ver el mundo entre quienes creían que no existían límites para el progreso humano. Ahora bien, recalamos la postura del francés de mostrar regiones rechazadas constantemente por su mal clima, como unas en donde cualquier humano podría asentarse sin más dificultades que las presentadas en las regiones de eterna primavera.

Cuatro décadas antes, el italiano Agustín Codazzi, en medio de la Comisión Corográfica informó a los gobernadores de Chocó y Casanare, los mismos lugares que visitó Brisson, todo lo contrario de lo que el francés indicó. Sobre Chocó afirmaba que se sabía que “la raza blanca apenas puede vivir, y moriría si quisiese dedicarse a los trabajos que hacen los negros”, lo mismo advirtió para Casanare⁷². Así, quien lea a Codazzi y después a Brisson, sin conocer el terreno ni tener más información, dudará sobre la representación de clima malsano totalizadora. Por lo menos cuestionará si Chocó y Casanare son espacios con clima mortífero, devoradores de hombres blancos. De tal forma, la representación de clima malsano, y este clima adjetivado como mortífero, perverso, pútrido, diabólico, infernal y terrible, que describieron la mayoría de los autores, es cuestionada por un autor que representaba un par de regiones, Chocó y los Llanos, con clima benigno.

⁷¹ Brisson, *Casanare*, IV.

⁷² Agustín Codazzi, “Informe sobre la provincia del Casanare”, en *Geografía física i política de las provincias de la Nueva Granada*, tomo 4 (Bogotá: Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1956), 378-379.

CLIMA BENIGNO: CLIMA, CIVILIZACIÓN Y PROGRESO

Así como se elaboraron representaciones sobre el clima malsano, fueron construidas otras en dirección opuesta, es decir, el clima benigno en Colombia. Esta representación se vincula con la civilización y el progreso que alcanzaría el país gracias a las bondades climáticas. Ello permitió que también se aludiera a un futuro promisorio. De igual manera se vincula con la idea de que el país, gracias a las bondades climáticas sería espacio idóneo para la inmigración y la subsecuente colonización por parte de extranjeros. Como con las representaciones vistas anteriormente podremos observar tensiones en ellas al determinar sus respectivas complejidades.

En la década de 1820, cuando aún se estaba disputando la independencia en varias regiones de Suramérica, algunos viajeros mostraron, tal vez con el deseo, las ventajas que ofrecía el clima del país para la civilización y el progreso, y una posterior colonización. Richard Bache indicaba que el clima del país junto con su suelo, los productos, los ríos navegables, las ricas montañas, más las aguas de los dos mares, le anticipaban “futuras riquezas y poder” que deberían ser explotados por un gobierno “ilustrado”⁷³. Por su parte, Alexander Walker indicaba que Colombia tenía más potencialidad que Estados Unidos, entre otros factores por el clima. Según él, uno de los objetivos de su libro era “mostrar la superioridad que tiene Colombia sobre los Estados Unidos, por razón de su proximidad a Europa, *de su clima*, de sus producciones, y de su distinguida situación geográfica”⁷⁴.

A mediados del siglo XIX, Manuel Ancízar, en su recorrido por la región de Zapatoca, actual departamento de Santander, planteó el papel que el clima, con otros factores, jugaría en progreso y civilización. Según él, los objetivos del “Creador” al haber “puesto aquí en escalones todos los climas y todas las riquezas” serían cumplidos de tal forma que toda América “escribirá en su historia páginas que nada tendrán de común con los sufrimientos del viejo hemisferio, ni con las ruines crónicas de sus reyes”⁷⁵. Cuando Ancízar hablaba de escalones se refería a los pisos térmicos. La visión del escritor liberal vinculaba el futuro como una expectativa bondadosa para el país, de tal forma que el Nuevo Mundo viviría una etapa idílica contrario a lo que heredó del Viejo

⁷³ Bache, *Notes*, 65.

⁷⁴ Walker, *Colombia*, cxiv. *Cursivas mías*.

⁷⁵ Ancízar, *Peregrinación*, 201.

Mundo, sufrimiento. Esto se relaciona con la postura antihispana característica de Ancízar y de sus contemporáneos escritores liberales.

En la última década del siglo XIX el francés Jorge Brisson indicaba que el municipio de Orocué, en el actual departamento de Casanare, y ubicado a orillas del río Meta, tenía un gran futuro pues se convertiría en un centro comercial muy importante para el país por su posición topográfica ya que vislumbraba incremento en la navegación por esa vía fluvial. Según él, estaba destinada esa población a ser la “futura capital del Departamento de los Llanos” debido a que su “clima es sano”⁷⁶. Esto puede relacionarse con un proyecto mayor que se intentó en la Colonia, y fracasó, de conectar el centro de la actual Colombia con el Atlántico por el Orinoco⁷⁷.

Brisson, ahora aludiendo a la región de Andágueda, actual departamento de Chocó, hizo el mismo ejercicio que con Orocué. Según él, “esta tierra será algún día más poblada que Antioquia misma, porque presenta uniformidad de climas *más sanos* y vías naturales de comunicación en casi toda su extensión”. A pesar de la abundancia de lluvias esto no sería inconveniente, pues nunca lo han sido “para poblar terrenos”. Como ejemplo estaba “Guayaquil y toda la región vecina”, en donde llovía de “día y de noche durante cinco meses seguidos del año, es decir, más que en el Chocó, y hay 30000 habitantes”⁷⁸. Más adelante indicaba que el Chocó era una zona muy rica para “cultivar, criar y colonizar”. Para él no había “región alguna intransitable”, ni “punto insalubre”. Tampoco existía “río donde no se pueda vadear, o hacer balsas, pasar en canoa o construir un puente en un momento”. Existía facilidad para “abrir caminos, y caminos de hierro cuando se quiera, hasta el pie de la Cordillera”. Brisson también afirmaba que “casi todos los terrenos nos son propios para la agricultura, para la cría del ganado y para formar incomparables haciendas”. En este sentido el autor, que era ingeniero, es ejemplo del ideal del siglo XIX de que la capacidad del hombre para el progreso no tenía límites. Y en cuanto al punto que nos interesa, reafirmaba que “la temperatura y el clima son sumamente templados y sanos, lo repetimos”, siendo ejemplo de ello, tanto él como sus compañeros de expedición “que salimos de allí después de cinco meses de

⁷⁶ Brisson, *Casanare*, VII.

⁷⁷ Carolina Ardila Luna, “El río Meta y los proyectos para la integración de los Llanos Orientales colombianos, desde la Colonia hasta el siglo XXI”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 27.2 (2016): 265-283, <http://dx.doi.org/10.18273/revanua.v21n2-2016011>.

⁷⁸ Jorge Brisson, *Exploración en el alto Chocó* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1895), 169. *Cursivas mías*.

monteada, de privaciones y de fatigas inevitables en toda expedición de esta naturaleza, más sanos y más fuertes que cuando empezamos”⁷⁹. Como vimos en la representación de clima malsano, Brisson, a diferencia de lo que la mayoría de los escritores indicaba, consideraba que el clima de los Llanos y de Chocó era benigno para todo tipo de población. Aquí podemos observar que esto se manifiesta, también, en un deseo de ver, en el futuro, esas regiones pobladas, seguramente por inmigrantes, además de prósperas. Sin embargo, esa representación que está ligada con la expectativa se conflictúa con lo que, repetimos, consideraba la mayoría de los escritores.

En lo visto hasta aquí puede observarse que la representación de clima benigno, clima sano, se relaciona con la civilización y el progreso. Esto introduce un asunto y es el de la inmigración, pues es por medio de ella que tanto civilización como progreso arribarían al país. Esto es claro desde la década de 1820, en el origen de la república. En esa década el británico Francis Hall indicaba que el congreso de Colombia, recién pasada la independencia, se preocupó por la inmigración. Varios de los aspectos que el viajero resaltó para lograr la inmigración eran la salubridad del clima, unido a la riqueza del suelo, la cantidad de tierra libre sin propietario y las instituciones republicanas⁸⁰. Entre tanto el inglés Walker indicaba que en la parte alta de los Andes se presentaban las condiciones climáticas adecuadas para la colonización europea. Si bien, en su texto pareciera que hablara del español que se radicó desde el siglo XVI, esto podía extenderse al siglo XIX. Afirmaba que las “llanuras elevadas entre las cimas de los Andes”, gozaban de un “clima templado e invariable”, y era en esos “parajes deliciosos” en los que el “colonista europeo” había fijado su hogar⁸¹.

También en la década de 1820 John Hamilton aludió a la inmigración. Sin embargo, él indicó que para que los inmigrantes disfrutaran de las bondades del clima era necesario favorecer la tolerancia en “asuntos religiosos”, así, “entonces y sólo entonces veremos el gran poderío físico de las fértiles mesetas de Sur América progresar, ya que poseen quizás los climas mejores del mundo, aun cuando se hallan tan cerca del ecuador”. Basándose en Humboldt, indicaba que cualquier humano con “un termómetro en la mano” podía escoger su “propio clima en Sur América, pues subiendo

⁷⁹ Brisson, *Exploración*, 287.

⁸⁰ Francis Hall, *Colombia: its present state* (London: Baldwin, Cradock y Jay, 1827), 74.

⁸¹ Walker, *Colombia*, 19.

o bajando puede encontrar la temperatura exacta que más le convenga a su constitución”⁸².

El mismo Hamilton aludía a las ventajas competitivas para la inmigración de La Plata, actual departamento de Huila, debido a las “vastas extensiones de tierra ubérrima, incultas hasta el momento, por falta de brazos” y, sobre todo, por el clima que es “propicio para el emigrante europeo que encontraría allí morada salubre y facilidades para hacerse a una fortuna fundando haciendas en la provincia de Neiva”. Había en esa provincia personas deseosas de vender sus propiedades a “emigrantes provenientes de Inglaterra o de Escocia, quienes por unos pocos miles de dólares podrían adquirir dominios principescos”⁸³.

A mediados del siglo XIX Eliseo Reclus, quien viajó a Colombia, más específicamente a la región de la Sierra Nevada de Santa Marta para ver la posibilidad de establecer una colonia de inmigrantes europeos, indicaba que “las montañas de María [tan] poco visitadas” merecerían lo que llamó “una exploración seria” de tal forma que fuera un “punto de aclimatación para los colonos de Europa”⁸⁴. En otra obra, Reclus indicaba que Colombia tenía mucho futuro, entre otros factores por el clima:

¿Y qué papel está reservada a la Nueva Granada en la historia futura del continente? Si las naciones se asemejan siempre a la naturaleza que las alimenta, ¿qué no debemos esperar de ese país en que los océanos se aproximan, *en que se encuentran todos los climas unos sobrepuestos a otros*, en que crecen todos los productos, en que cinco cadenas de montañas ramificadas como un abanico forman tan maravillosa variedad de sitios?⁸⁵.

Recordemos que Reclus estaba en el país con la idea de crear una colonia de inmigrantes por lo que la representación del clima benigno era ideal para ese fin.

Dos décadas después Alfred Hettner, refiriéndose a los estados de Magdalena y Bolívar, afirmó que eran los “menos progresistas de Colombia”, a pesar de que estaban cerca del mar, lo que supondría “una cultura más adelantada”. Allí había ganadería poco

⁸² Hamilton, *Viajes, tomo I*, 94. *Cursivas mías*.

⁸³ Hamilton, *Viajes, tomo II*, 7.

⁸⁴ Reclus, *Colombia*, 44.

⁸⁵ Eliseo Reclus, *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta* (Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1947), 7. *Cursivas mías*.

intensiva y agricultura incipiente, limitada a “lo requerido por el consumo propio del habitante, con una sola excepción, a saber los cultivos de tabaco de El Carmen, en manos de alemanes”. Este atraso tenía como “causa principal, directa o indirecta, el clima caliente y malsano, que al hombre blanco hace perder su energía y lo rinde incapaz para todo esfuerzo físico”⁸⁶. Llama la atención que, con dos décadas de diferencia, la expectativa de Reclus sobre los Montes de María parecía haberse cumplido pues Hettner indicó que en El Carmen los alemanes habían logrado establecer un próspero cultivo de tabaco.

Un contemporáneo de Hettner en su estadía en Colombia, Miguel Cané, afirmaba que “el porvenir de Colombia” era magnífico, “pero desgraciadamente remoto”. Esto porque la migración europea se dirigiría primero a “las vastas regiones americanas aún despobladas” que tenían climas similares, es decir de latitudes medias. Se preguntaba Cané “¿Cuántos años pasarán antes que se llene el *farwest* del norte o las dilatadas pampas argentinas, sin contar con la Australia y el norte de África?” para que los inmigrantes decidan dirigirse a Colombia. Según él, “ese porvenir es remoto”⁸⁷.

CONCLUSIONES

En el artículo se mostró cómo en las representaciones sobre el clima elaboradas por los autores prevalecían valoraciones subjetivas, las que reforzaban estereotipos sobre particularidades del clima del país. Sin embargo, el texto resalta las valoraciones que permiten ver las contradicciones en las representaciones para evitar caer en el canon historiográfico de que en el siglo XIX colombiano toda la elite creía que civilización y progreso se ubicaban en las zonas altas andinas. No todos los autores creyeron que el clima de zonas bajas era malsano, ni todos apuntaron a mostrar el clima de algunas regiones del país, sobre todo elevadas, como benéfico del tipo “eterna primavera”. Incluso, algunos idearon, como Jorge Brisson, que el centro de la civilización y el progreso estaría en las zonas bajas y periféricas como los Llanos Orientales o Chocó.

⁸⁶ Hettner, *Viajes*, 66-67. Cursivas mías.

⁸⁷ Cané, *En viaje*, 167.

Como se ha visto, las representaciones sobre el clima en la Colombia del siglo XIX, elaboradas en la literatura, se han convertido en estructuras mentales que permanecen en la sociedad colombiana. La clasificación de pisos térmicos en tierras caliente, templada y fría es comúnmente empleada por la gente para determinar el clima de las regiones del país. De igual manera permanecen las otras representaciones sobre el clima. Se alude continuamente a regiones con “eterna primavera”. El ejemplo más conocido es el de uno de los calificativos con el que se conoce a Medellín, capital del departamento de Antioquia, la “ciudad de la eterna primavera”. Igual sucede con la forma como se ven las regiones de baja altitud sobre el nivel del mar. Aún se les relaciona con clima malsano, esto son altas temperaturas, elevada humedad, copiosas lluvias. Pero, sobre todo, con enfermedades y condiciones de salubridad deficientes. También se le relaciona con el tipo de población que las habita, lo que a su vez se relaciona con los niveles de vida de esa población. Es posible que esa representación de regiones con clima malsano se vincule con la manera como se ve la pobreza y la miseria, así como condiciones deficientes en materia de infraestructura. ¿Qué significa esto? Que así sea de manera colateral, el considerado clima malsano se relaciona con regiones pobladas por afros e indígenas con niveles de vida muy bajos.

La literatura del siglo XIX ha contribuido a fortalecer la imagen de que el clima en los espacios geográficos, especialmente, pero no exclusivamente, en las zonas bajas o de “tierra caliente”, pareciera que poseyera características morales. Esto significa que se han generado ideas de que esos espacios de “tierra caliente” son propicios para la formación de lo negativo, de lo malo. Recordemos que en el artículo vimos cómo Agustín Codazzi aludió al clima “diabólico” de regiones panameñas; o que Cordovez Moure relató cómo prisioneros de zonas altas eran enviados a las regiones “insalubres” de Panamá para cumplir con su condena, lo que significaba una muerte segura. Allí fueron enviados, en 1855, muchos de los artesanos prisioneros por colaborar en el golpe de Estado de José María Melo del 17 de abril de 1854, la mayoría de los cuales murió cumpliendo su castigo. Quedaría por ver, con más detalle, cómo la interpretación moral del clima podría ayudar a entender las representaciones y los imaginarios sobre ciertas zonas del país. Insisto, lo malo, lo insalubre, los vicios, los delitos, la voluptuosidad y lujuria de los cuerpos y su sexualidad desenfrenada, la pereza, entre otros aspectos, se

asimilaban a las regiones de climas poco aptos, supuestamente, para la población blanca ilustrada, lo que significaba, en contraposición, que eran regiones habitadas por poblaciones de piel oscura, pobres, ignorantes y, por ello mismo, propensas a portar lo malo. Es decir, las representaciones e imaginarios sobre el clima que circularon en el siglo XIX en la literatura colombiana ayudaron a dibujar interpretaciones morales sobre el bien y el mal.

En cuanto a las representaciones de cómo se ve el clima benigno, consideramos que también se han proyectado en el tiempo. Las que aún se conocen por el común de la gente como tierras templada y fría se han relacionado con lugares en los cuales las condiciones de vida son mejores. De esta manera, lo que este artículo ha querido mostrar para el siglo XIX requiere que se haga para los siglos XX y XXI, para de esa manera entender y explicar cómo representaciones sobre el clima colombiano que se elaboraron en el siglo XIX aún perviven y se utilizan para justificar acciones y formas de ver el mundo.

REFERENCIAS

Acevedo y Gómez, Josefa de. Cuadros de la vida privada de algunos granadinos. Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2017.

Ancízar, Manuel. Peregrinación de Alpha. Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2016.

Ardila Luna, Carolina. “El río Meta y los proyectos para la integración de los Llanos Orientales colombianos, desde la Colonia hasta el siglo XXI”. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 27.2 (2016): 265-283. <http://dx.doi.org/10.18273/revanua.v21n2-2016011>.

Arnold, David. *The Problem of Nature: Environment, Culture and European Expansion*. Cambridge: Wiley-Blackwell, 1996.

Bache, Richard. Notes on Colombia, taken in the years 1822-3. Philadelphia: H. C. Carey & I. Lea, 1827.

Bennett, J. A. “My First Trip up the Magdalena, and Life in the Heart of the Andes”. *Journal of the American Geographical Society of New York*, 9 (1877): 126-141.

Borda, José Joaquín. “Un viajero”. Museo de cuadros de costumbres, tomo I. Bogotá: Banco Popular, 1973.

Boussingault, Jean-Baptiste y François Désiré Roulin. Viajes científicos a los Andes ecuatoriales. París: Librería Castellana, 1849.

Boussingault, Jean-Baptiste. Memorias. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Banco de la República, 1994.

Brisson, Jorge. Casanare. Bogotá: Imprenta Nacional, 1896.

Brisson, Jorge. Exploración en el alto Chocó. Bogotá: Imprenta Nacional, 1895.

Caldas, Francisco José de. “Del influjo del clima sobre los seres organizados”. Anales de Ingeniería, 28: 209-210 (julio-agosto 1910): 28-50.

Cané, Miguel. En viaje. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005.

Clayton, Daniel y Gavin Bowd. “Geography, Tropicality and Postcolonialism: Anglophone and Francophone Readings of the Work of Pierre Gourou”. *L’Espace géographique* 35 (3) (2006): 208-221. DOI:10.3917/eg.353.0208.

Codazzi, Agustín. “Informe sobre la provincia del Casanare”. Geografía física i política de las provincias de la Nueva Granada, tomo 4. Bogotá: Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1956.

Codazzi, Agustín. Memorias de Codazzi. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970.

Corbin, Alain. El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social, siglos XVIII y XIX. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

Cordovez Moure, José María. Reminiscencias escogidas de Santafé y Bogotá. Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2015.

Crosby, Alfred. Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900. Barcelona: Crítica, 1999.

Díaz, Eugenio. Manuela. Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Nacional de Colombia, 2015.

García López, Claudia Mónica. Las fiebres del Magdalena. Medicina y sociedad en la construcción de una noción médica colombiana. 1859-1886. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.

García Merou, Martín. Impresiones. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 1989.

Gosselman, Carl August. *Viaje por Colombia 1825 y 1826*. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1981.

Guerra, Adriano. “El imperio invisible. Los mosquitos en el Caribe colombiano vistos por los viajeros extranjeros del siglo XIX”. *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el caribe colombiano*. 41 (2020): 103-129. <https://doi.org/10.14482/memor.41.986.1>

Gühl, Ernesto. *Colombia. Bosquejo de su geografía tropical*. Bogotá: Universidad de los Andes, Universidad Nacional de Colombia, Jardín Botánico José Celestino Mutis, 2016.

Hall, Francis. *Colombia: its present state*. London: Baldwin, Cradock y Jay, 1827.

Hamilton, John. *Viajes por el interior de las provincias de Colombia*, 2 tomos. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1955.

Hettner, Alfred. *Viajes por los Andes colombianos (1882-1884)*. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1976.

Humboldt, Alexander von y Amadeo Bonpland. *Ideas para una geografía de las plantas más un cuadro de la naturaleza de los países tropicales*. Bogotá: Litografía Arco, 1985.

Koopman, Sara. “Imaginario de blanquitud, imaginarios de paz: tropicalidad en Colombia”. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía* 32 (2) (2023): 457-474. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v32n2.104333>

Lisboa, Miguel María. *Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador*. Bogotá: Fondo Cultural cafetero, 1984.

Marroquín, José Manuel. *El Moro*. Nueva York: D. Appleton y Compañía, 1897.

Martínez Pinzón, Felipe. *Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808-1928)*. Madrid: Iberoamericana / Vervuert, 2015.

Mollien, Gaspard. *Viaje por la república de Colombia en 1823*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1944.

Mora Pacheco, Katherinne y José David Cortés Guerrero. “Bajo el sol ardiente y la lluvia torrencial. Viajeros extranjeros y clima colombiano en el siglo XIX”. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 26:2 (2021): 131-158. <https://doi.org/10.18273/revanu.v26n2-2021005>

Nieto, Mauricio, Paola Castaño y Diana Ojeda. “El influjo del clima sobre los seres organizados’ y la retórica ilustrada en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada”. *Historia Crítica*, 30 (2005): 91-114. <https://doi.org/10.7440/histcrit30.2005.04>.

Ortiz, Juan Francisco. “El Salto del Tequendama”. Museo de cuadros de costumbres, tomo II. Bogotá: Banco Popular, 1973.

Osorio Merchán, Yelitza y Juan David Delgado Rozo. “Tierras altas y bajas en la Colombia del siglo XIX: reflexiones sobre el influjo del clima como generador de paisajes civilizados”. En Ulloa, Astrid, editora. Perspectivas culturales del clima. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011.

Palacio Castañeda, Germán. Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia 1850-1930. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, ILSA, 2006.

Pérez, Felipe. “Los Llanos”. Museo de cuadros de costumbres, tomo II. Bogotá: Banco Popular, 1973.

Pérez, Santiago. “Apuntes de un viaje por el sur de la Nueva Granada, en 1853”. Museo de cuadros de costumbres, tomo II. Bogotá: Banco popular, 1973.

Pohl-Valero, Stephan. “¿Agresiones de la altura y degeneración fisiológica? La biografía del “clima” como objeto de investigación científica en Colombia durante el siglo XIX e inicios del XX”. Revista Ciencias de la Salud, 13 (2015): 65-83. <https://doi.org/10.12804/revsalud13.especial.2015.05>.

Pombo, Manuel. De Medellín a Bogotá. Bogotá: Presidencia de la República, 1992.

Posada Arango, Andrés. “Viaje a Oriente”. Museo de cuadros de costumbres, tomo IV. Bogotá: Banco Popular, 1973.

Reclus, Eliseo. Colombia. Bogotá: Banco de la República, 1865.

Reclus, Eliseo. Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1947.

Restrepo, Eduardo. “‘Negros indolentes’ en las plumas de corógrafos: raza y progreso en el occidente de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX”. *Nómadas*, 26 (2007): 28-43.

Robledo Escobar, Natalia, Laura Gutiérrez Escobar y Nelsa de la Hoz. “El platanal o la nación: representaciones sociales y prácticas en torno al plátano en la Colombia del siglo XIX”. *Trashumante*, 17 (2021): 6-29. DOI: 10.17533/udea.trahs.n17a01.

Röthlisberger, Ernst. El Dorado. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, 1963.

Saffray, Charles. Viaje a Nueva Granada. Bogotá: Ministerio de Educación de Colombia, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948.

Samper, José María. Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas). Con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina. París: Imprenta de Thunot, 1861.

Trollope, Anthony. *The West Indies and the Spanish Main*, 4^a. ed. London: Chapman & Hall, 1860.

Walker, Alexander. Colombia siendo una relación geográfica, topográfica, agricultural, comercial, política, de aquel país, 2 tomos. Londres: Baldwin, Cradock y Joy, 1822.

Wey Gómez, Nicolás. “Memorias de la zona tórrida: el naturalismo clásico y la ‘tropicalidad’ americana en el Sumario de la historia natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo (1526)”. *Revista de Indias* 73, 259 (2013): 609-632. <https://doi.org/10.3989/revindias.2013.20>

Representations about Climate in Literature. Colombia in the 19th Century

ABSTRACT

In the article I show the representations that were built about the climate in Colombia in 19th century. The representations could be “colombian climates” where the dichotomy between unhealthy climate – beneficial climate can be observed, in addition to “eternal spring” because the climate of the mountainous areas was similar to that of the climate of mid-latitudes. It has been stated that the representations about the climate in Colombia indicated that the elevated areas above sea level had healthy climates while the low areas had unhealthy climates where the civilized “white people” could not live. However, I show how dominant representations of the climate were challenged by authors who believed that despite the unhealthy climate, White people were able to adapt and overcome it to promote civilization and progress. It also shows how the image of “eternal spring” was not only promoted by foreigners, but also by colombians. The article uses as sources the literature, both travel and customs, that was produced by colombians and foreigners in the 19th century.

Keywords: history of Colombia, 19th Century; climate history; representations about climate; travel literature; customs literature.

Recibido: 03/04/2024
Aprobado: 14/01/2025